

Amadísines hermanos

El culto público tiene enemigos, enemigos sistemáticos y enemigos accidentales. Hay gente que manifiesta su oposición a los actos externos de culto como son las procesiones, los congresos eucarísticos, en una palabra a todos aquellos actos religiosos que se celebran externamente con cierto despliegue de pompa y concurrencia y hasta a todas aquellas otras manifestaciones de los propios sentimientos religiosos como son el santiguarse al salir a la calle o desmenubrirse al pasar junto a una cruz o una iglesia, el arrodillarse al pasar el santísimo etc.... Antes de ocuparnos de esta clase de enemigos del culto público diremos dos palabras de la segunda clase de enemigos accidentales de los actos de culto público. Llamo enemigos accidentales a aquellos que repudian ciertas manifestaciones externas, no por principio sino por creer que éstas inspiradas por motivos no siempre confesables y acaso poco religiosos como pueden ser los políticos y de propaganda. Como se suele explotar todo no vamos a decir que no se haya y no se explote también esto para fines partidistas y por tanto discutibles. En determinados momentos su éxito y esplendor puede servir por desgracia más que para alabar y dar gloria a Dios para consolidar o cuando menos para tratar de ratificar ideas y opiniones que, aunque sean buenas no son las únicas buenas. Diremos que el explotar estas cosas que se hacen en honor de Dios para otros fines bastardos es un sacrilegio como sabemos que es sacrilegio el utilizar los vasos sagrados para usos profanos y lo mismo que los vasos sagrados se utilizan para fines profanos los actos públicos de culto. Los que tal hacen son unos sacrilegos que no pueden tardar en recibir el castigo de su audacia y impiedad que se cubre de piedad. Sin embargo la participación de las autoridades en estos actos por sí mismo no implica ni mucho menos su profanación. Los que son autoridades verdaderas o cuando menos ostentan dicho carácter deben participar en nombre de la sociedad que representan en dichos actos y por la simple participación no hay motivo para poder tildar dichos actos de maniobras políticas y por ello para poder excusarse de la asistencia o participación. En estos casos en los que en efecto se da dicha profanación por los móviles que inducen a dichos alardes religiosos, diremos que no son censurables propiamente los alardes sino las intenciones de los que los explotan para fines bastardos.

Si dichos enemigos y si dicha adversión a los actos de culto público es excusable y hasta justificable desde cierto punto de vista, hay otra adversión y repudio que no tiene excusa ni justificación. La de los enemigos sistemáticos, la de los que rechazan los actos externos de culto y el culto público general diciendo que basta sentir allá en el fondo del corazón el amor a Dios, que queda lo ve y le basta. Dios no necesita para conocer nuestros sentimientos que nos arrodillemos o que nos descubramos o que vayamos en procesión y recemos en voz alta o que cantemos. Dios no necesita de estas cosas y no cabe duda que tienen razón los que esto afirman, pues primero Dios ve en el fondo del corazón y segundo todas esas cosas externas en nada pueden aumentar su gloria divina. Entonces a qué ese aparato y ese despliegue de fuerzas o cosas?

Sin embargo de eso no se puede concluir que todo eso está de más: verdad que Dios no necesita nada de eso, pero puede afirmarse acaso que no le necesite el hombre? que no aumenta la gloria divina, pero no es verdad que aumenta la intensidad de los actos religiosos humanos? El culto externo es sumamente natural. El hombre es un compuesto de alma y cuerpo y todo lo hace con el alma y el cuerpo: lo que siente dentro lo manifiesta de ordinario fuera y cuanto más profundamente se

siente una cosa tanto más imperiosamente siente la necesidad de manifestarla fuera. El impedir que el hombre no manifieste con gestos, imágenes y otros procedimientos sus sentimientos de gratitud a Dios, su arrepentimiento, su adoración es mutilar sus sentimientos que adquieren su plenitud cuando se desbordan exteriormente.

Por otra parte el culto externo es inevitable si hay verdadero culto interno por la naturaleza misma de los afectos y sentimientos que sin hacer violencia no les puede ocultar el hombre dentro. Aun cuando este solo el hombre y nadie le vea lo manifiesta al exterior sus afectos y sus sentimientos. El culto público y externo es natural y sumamente provechoso para que el culto interno adquiriera la plenitud y madurez que le hace falta. Y por otra parte el externo ayuda mucho al culto interno, pues recogido y encerrado en el corazón el interno se extinguiría como una planta que no brota o un incendio que no tiene aire, como una fuente que se ciega, como un hombre que no tiene respiración y también excita los sentimientos internos el desbordamiento exterior de los mismos así como también las imágenes, las iglesias, los ornamentos, las acciones, las procesiones, los cantos. La mayor parte de los hombres si no fuera por esto nunca adorarían a Dios.

Que Dios no lo necesita? Evidente, pero como acabamos de indicar es el hombre, es la naturaleza misma de los sentimientos y afectos, es la plenitud y madurez misma del culto interno lo que demanda el externo. Por otra parte el hombre es deudor a Dios y siendo como es debe a Dios lo que ha recibido aun cuando no necesite Dios como entre nosotros la naturaleza misma de la justicia exige que se de al prójimo lo que se ha recibido de él o lo equivalente si es que no se ha recibido a título de algo que excuse de justicia. Pueda ser que al millonario o aquel prójimo de quien yo he recibido una cosa no la necesite para sí, pero yo le debo la cosa y algo equivalente como es la gratitud y lo mismo ocurre con Dios.

Por imperativos del primer mandamiento debemos a Dios el culto interno de los actos de fe, esperanza y caridad y también estamos obligados a concurrir a aquellos actos de público culto para mediante ellos hacer que esa fe, esperanza y caridad adquirieran toda su madurez y plenitud sin que los dejemos ahogar o extinguir en nuestros pechos por el respeto humano. El sentimiento más raro que puede experimentar un ser cualquiera es el menosprecio del bien y el respeto del mal. Este sentimiento existe y ha recibido un nombre absurdo como la misma cosa, un nombre no expresa nada... respeto humano. A un ángel que viniera del cielo o a un extraño viajante que aterrizara en la tierra nada le parecería tan sorprendente y extraño como el hecho de que haya hombre que creen en Dios, pero que se avergüenzan de Dios, se avergüenzan de ir en una procesión, de arrodillar al paso del santísimo, de santiguarse cuando hay que santiguarse... que se avergüenzan precisamente los hombres, los que tantas veces alardean de valientes, que al fin y al cabo que se avergüenzaran algunas mujeres se explicaría... pero los hombres

Así se arrastran ante personas que por otra parte les mereceren el desprecio, se arrastran ante personas a las que no se someterían por nada en otra forma. No se portarían que se les llamara cobardes, pero a todo paso se hacen los cobardes. Hemos oído hablar de la valentía de los primitivos cristianos a quienes se les llevaba a los tribunales y se les proponía... sacrificar o morir y sabemos que la inmensa mayoría de aquellos se dejaban matar pero no sacrificaban a los falsos dioses, preferían dar la vida... y nuestro cristiano que se encuentra ante la alternativa de sacrificar o morir de tíx... que parece decir un fantasma que casi no existe... sacrificar, renuncia a los que la conciencia propone que debe hacer a fin de evitar la risa o la burla...